

Derrochando la misericordia de Dios



Poco después de la ordenación, haciendo un trabajo de sustitución en una parroquia, me encontré en una rectoría con un santo y viejo sacerdote. Tenía más de ochenta años, estaba casi ciego, pero era muy solicitado y respetado, especialmente como confesor. Una noche, a solas con él, le hice esta pregunta: "Si tuviera que volver a vivir su sacerdocio, ¿haría algo diferente?" De un hombre tan íntegro, esperaba que no se arrepintiera. Su respuesta me sorprendió. Sí, dijo, tenía un arrepentimiento, uno muy grande: "Si tuviera que volver a ejercer mi sacerdocio, la próxima vez sería más amable con la gente. No sería tan tacaño con la misericordia de Dios, con los sacramentos y con el perdón. Lo que me inculcaron en mi formación fue la frase "La verdad os hará libres", y creí que era mi responsabilidad desafiar a la gente a protegerla. Eso es bueno, pero me temo que he sido demasiado duro con la gente. Ya tienen suficiente dolor en sus vidas sin que yo y la iglesia les impongamos más cargas. Debería haber expuesto más la misericordia de Dios".

Me llamó la atención porque menos de un año antes, al hacer mis exámenes finales en el seminario, uno de los sacerdotes que me examinó, me hizo esta advertencia: "Ten cuidado", me dijo, "nunca dejes que tus sentimientos se impongan a la verdad y seas demasiado blando, eso está mal. Recuerda que, por muy dura que sea, sólo la verdad libera a las personas". Un buen consejo, al parecer, para un joven sacerdote que comienza su ministerio.

Sin embargo, a medida que pasan los años en mi propio ministerio, me siento más inclinado hacia el

consejo del viejo sacerdote. Tenemos que apostar más por la misericordia de Dios. Es cierto que nunca se puede ignorar la importancia de la verdad, pero debemos arriesgarnos a dejar fluir libremente la misericordia infinita, ilimitada, incondicional e inmerecida de Dios. La misericordia de Dios es tan accesible como el grifo de agua más cercano y nosotros, como Isaías, debemos proclamar una misericordia que no tiene precio: "Venid, venid sin dinero y sin méritos, venid todos, bebed gratuitamente de la misericordia de Dios".

¿Qué nos frena? ¿Por qué dudamos tanto en proclamar la misericordia inagotable, pródiga e indiscriminada de Dios?

En parte, nuestros motivos son buenos, incluso nobles. Tenemos una preocupación legítima por algunas cosas importantes: la verdad, la justicia, la ortodoxia, la moral, la forma pública adecuada, la preparación sacramental adecuada, el miedo al escándalo y la preocupación por la comunidad eclesial que debe asumir y cargar con los efectos del pecado. El amor necesita siempre ser moderado por la verdad, así como la verdad debe ser moderada por el amor. Sin embargo, a veces nuestros motivos son menos elevados y nuestras vacilaciones surgen de la timidez, el miedo, los celos y el legalismo: la justicia propia de los fariseos o los celos disimulados del hermano mayor del hijo pródigo. ¡No hay que despachar ninguna gracia barata en nuestra casa!

Sin embargo, al hacer esto, estamos equivocados, somos menos que buenos pastores, no estamos en sintonía con el Dios que Jesús proclamó. La misericordia de Dios, tal como la reveló Jesús, abarca indistintamente a los malos y a los buenos, a los que no lo merecen y a los que lo merecen, a los no iniciados y a los iniciados. Una de las intuiciones verdaderamente sorprendentes que nos dio Jesús es que la misericordia de Dios no puede no llegar a todos, porque es siempre gratuita, inmerecida, incondicional, universal en su abrazo, llegando más allá de toda religión, costumbre, rúbrica, corrección política, programa obligatorio, ideología, e incluso más allá del propio pecado.

Por nuestra parte, pues, especialmente los que somos padres, ministros, maestros, catequistas y presbíteros, debemos arriesgarnos a proclamar el carácter pródigo de la misericordia de Dios. No debemos derrochar la misericordia de Dios como si fuera nuestra, ni repartir el perdón de Dios como si fuera una propiedad privada, ni poner condiciones al amor de Dios como si fuera un tirano mezquino o una ideología política, ni impedir el acercamiento a Dios como si fuéramos los guardianes de las puertas del cielo. No lo somos. Si vinculamos la misericordia de Dios a nuestra propia valoración de las cosas, entonces la vinculamos a nuestros propios límites, heridas y prejuicios.

Es interesante observar en los evangelios cómo los apóstoles, bien intencionados por supuesto, a menudo trataban de mantener a ciertas personas alejadas de Jesús, como si no fueran dignas y fueran de alguna manera una ofensa a su santidad y perfección. En repetidas ocasiones, trataron de alejar a los niños, a las prostitutas, a los recaudadores de impuestos, a los pecadores conocidos y a los no iniciados de todo tipo, y siempre Jesús anuló sus intentos con las siguientes palabras: "¡Dejad que vengan! Quiero que vengan a mí".

Poco ha cambiado. Siempre en la iglesia, nosotros, personas bien intencionadas, con los mismos motivos que los apóstoles, seguimos intentando mantener a ciertos individuos y grupos alejados de la misericordia de Dios, tal como está disponible en la palabra, los sacramentos y la comunidad. Dios no necesita (ni quiere) nuestra protección. Jesús quería que todo tipo de personas vinieran a él entonces y

quiere que vengan a él ahora. Dios quiere que todos, independientemente de la moral, la ortodoxia, la falta de preparación, la edad o la cultura, se acerquen a las aguas infinitas de la misericordia divina.

Ron Rolheiser

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/derrochando-la-misericordia-de-dios